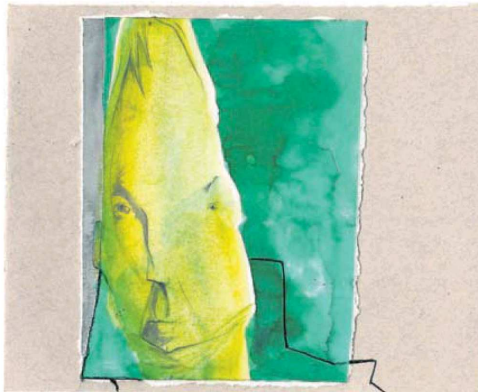


NARRATIVA

El taxi de Ulises

La nueva obra de Zanón no es una fácil concatenación de tramas criminales, sino una intriga más profunda



Carlos Zanón visto por Sciammarella.

POR CARLOS PARDO

Durante siete días con sus noches, aquejado de insomnio, Sandino conduce un taxi por Barcelona, recoge clientes y se mete en líos con ex *mosos d'esquadra*. Su principal propósito es no regresar a casa, donde quizá tenga que romper definitivamente su relación con Lola. Pero cada hora que pasa fuera más se complica el asunto: una bolsa con burundanga y dinero, una historia de cuernos y venganza, compañeros que lo están pasando egoístamente mal, adiestramiento terrorista... Sandino tiene cara de buena persona, es decir: es permeable a los problemas de los demás. Lo apodan así por el disco de *The Clash: Sandinista* (y cada capítulo toma prestado un título de canción). Iba para universitario, pero el taxi es "el estigma de la familia".

Como en otras obras del autor de *No llames a casa*, premio Dashiell Hammett de novela negra de 2015 por *Yo fui Johnny Thunders*, *Taxi* es un ambicioso retrato de una Barcelona poco turística: Mercabarna, clubes nocturnos, puertos abandonados, hoteles por horas... Si su profesión hace de Sandino un moderno diablo cojuelo que se cuela en todas las intimidades, su insomnio propicia uno de los principales hallazgos de esta novela: el pulso de una conciencia que intenta mantener un imperativo ético durante una fiebre, una fiebre que no es una falta de perspectiva de la realidad (no es una enfermedad), sino una visión acentuada del desorden de la realidad: luchas jerárquicas entre matones, locos santificados por la droga, amantes clasistas, humillados y ofendidos. Por otra parte, este Ulises taxista querría recomenzar su vida desde otro lugar: con Cristina, Hope, Verónica, Nat... E incluso dezaría un alto "nivel de ebriedad ya mismo". "Si Itaca que aguarde y sin

Penélope", como decía el poeta, este Ulises va resuelto a perderse.

La insistencia en la caracterización de Sandino como hermoso vencido y su incontinencia rememorativa se convierten en un mal menor de *Taxi*, como también la abundancia de señas de identidad en forma de canción. Lo mejor del personaje no está en su manera victimista de mirarse a sí mismo, sino en la riqueza con que crece cuando actúa con los otros, por ejemplo en los fragmentos dedicados a su familia o a sus años formativos. Porque *Taxi* también es una recreación generacional con una virtud poco frecuente: su autenticidad. Un retrato familiar donde lo entrañable, e incluso lo cómico, no suaviza una áspera lectura política. La abuela Lucía, que envenena a su marido como quien no quiere la cosa, y el padre de Sandino, que deja propina en las autopistas de peaje, conforman casi una pequeña novela familiar dentro de *Taxi*, la de un hipotético John Fante de periferia barcelonesa que devolviera la dignidad perdida a los "siervos de la gleba" y sus descendientes.

Taxi es una novela infectada de poesía. Zanón posee un innegable talento para los raptos líricos de frase corta, casi *beats*, que nunca suenan cursis. También destaca en la gradación de la intensidad de una trama en la que lo negro no es una fácil concatenación de intrigas criminales, sino un caos donde el lector (como Sandino) saca cabeza antes de hundirse de nuevo: una intriga más profunda. Es probable que estas cualidades conviertan a *Taxi* en su novela más ambiciosa; también en la más emocionante.

Taxi

Carlos Zanón
Salamandra, 2017
372 páginas. 20 euros

NARRATIVA

Afilada inocencia

POR J. ERNESTO AYALA-DIP

En una comida de amigos, el hijo de una de las comensales, un niño de 11 años, nos sorprendió con dos detalles. El primero fue que rechazara, con exquisita educación, las patatas fritas que le ofrecimos; en su lugar eligió un trozo de pan integral que había en la panera y exclamó: "¡Qué pan más bueno!". El pan era realmente bueno, bastante bueno como para que un niño de su edad reparara en su calidad. El segundo detalle fue al filo de los postres. Cogió el corcho de una botella de vino que había en la mesa y nos preguntó a todos: "¿Véis este corcho?". "Sí", contestamos. "Pues miradlo bien, porque durará poco". Y sí, duró una fracción de segundo ante nuestra mirada. Si cuento esta historia es porque trato de hacerme una idea de cómo hacer que un niño en una ficción diga o haga cosas desarmantes con una naturalidad no menos desarmante. Yo no podría hacerlo, desde luego. Pero la escritora Tina Vallès (Barcelona, 1976), a juzgar por lo leído en *La memoria del árbol*, lo hizo.

leyendo esta novela surge la pregunta: ¿cómo hacer creíble el relato de un niño? Y ¿cómo hacer creíbles sus reflexiones, sus dudas y sospechas, inserto en un mundo de adultos? Jan es un niño de 10 años, a punto de cumplir 11. Vive con sus padres en Barcelona y sus abuelos. Estos vivían en un pueblo, Vilaverd, antes de que el abuelo comenzara a dejarse olvidados esos pasos obligados que la rutina diaria hace imprescindibles. Tina Vallès deja que Jan se haga todas las preguntas que necesita para ir entendiendo su mundo familiar. Su interlocutor principal es el abuelo. Jan relata solo lo que ve. Pero también lo que sospecha que no le dicen. Estamos en la zona de sombra. Y es aquí donde Tina Vallès muestra su pericia y su delicado instinto narrativo para una historia de esta entidad.

Pone en boca de Jan un descubrimiento esencial en su corta vida y no lo hace desde la malicia, como sucede en relatos parecidos, sino desde su afilada inocencia: "En la vida real no hay cartas de despedidas con frases escritas para emocionar". Aunque no lo parezca, hay niños que pueden hacer este tipo de enunciados. El gran mérito de Tina Vallès es recordárnoslo.

La memoria del árbol

Tina Vallès. Traducción de Carlos Mayor. Anagrama, 2017
232 páginas. 16,90 euros



Niños supervivientes de Auschwitz muestran sus tatuajes con sus números de identificación tras ser liberados. REUTERS

NARRATIVA

Código de barras

POR JAVIER GOÑI

Esas cifras tatuadas en el brazo de su abuelo polaco que, de niño, el guatemalteco Eduardo Halfon (1971) creyó que pertenecían a un teléfono (69752), pues así se lo había dicho su abuelo judío, superviviente de los campos, y que aparecen con frecuencia, de una forma u otra, en los textos del escritor tienen algo, para este lector, de código de barras de su literatura, de esa delicada y extraordinaria ficción convenientemente repetitiva —es una seña de identidad, en modo alguno un reproche— que gira en torno a su propia familia, judeo-árabe por parte libanesa y judía por parte polaca, una familia-puzzle donde combinan lenguas como el árabe, el hebreo, el yidis, el francés, el inglés y el castellano, en el que escribe estupendamente, con una rara y económica precisión, Halfon. Un código de barras, esa matrícula de campo de concentración, que le recuerda continuamente de dónde parte, de la memoria familiar, y que a la vez, sin dejar de ser código, es caldo de cultivo de sus relatos, de sus novelas. Por su literatura transita la memoria de su familia, con sus fallos, con sus secretos, con sus verdades y mentiras, y transita él mismo sin avasallar, sin imponer un empalagoso yo, pues su presencia nunca es agresiva, molesta.

En *Duelo*, su libro más reciente (quisiera alertar al lector interesado en dos pequeñas joyitas aparecidas aquí y allá, también en 2017, como son *Saturno*, en Jekyll & Jill, y *Clases de chapín*, en Fulgencio Pimentel, dos exquisitas editoriales: la falta de espacio deja cojo este paréntesis, que se merecería una columna entera), aparecen personajes habituales de libros anteriores y con otros se amplía el fecundo y valioso elenco familiar. Antes me refería a los secretos (como las verdades y mentiras, los secretos colman las gavetas de las familias); pues bien, uno de ellos, la muerte del pequeño Salomón, le permite escharbar por esa memoria hecha ficción; una muerte, real o no, que le da pie para adentrarse —en mi opinión, las páginas más hermosas de esta novela intensa y breve como son todas las suyas— en su propia mirada hacia atrás, para encontrar certezas en ese contexto guatemalteco, para ir a buscar en la realidad, en esa geografía real, aquello que la memoria te puede hacer confundir. Esa dura, y hermosísima, tierra natal, ese lago donde acaso no se ahogó nunca ese pequeño Salomón, pero sí se ahogaron otros niños, otras voces, otras vidas, otras miradas. Y con esas historias y con las otras (habituales, las de su código de barras literario), Eduardo Halfon ha escrito una bellísima cantata, una delicada novela, en no más de cien páginas. No sobra ninguna.

Duelo

Eduardo Halfon
Libros del Asteroide, 2017
106 páginas. 13,95 euros